

A MI PADRE LO MATÓ
LA NAUYACA Y OTRAS
HISTORIAS DEL ABUELO
MAXIMILIANO

COLECCIÓN LITERATURA
Serie Cuento • Bruno Estañol

Jenny Mariel Domínguez Naranjo

A MI PADRE LO MATÓ
LA NAUYACA Y OTRAS
HISTORIAS DEL ABUELO
MAXIMILIANO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Este libro se escribió con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Tabasco (PECDA-Tabasco), en su emisión del año 2011, en la categoría de «Jóvenes Creadores» del área de Literatura.

Primera edición: 2019

© 2019, Jenny Mariel Domínguez Naranjo

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-82-3

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*A la memoria
de Ramón Maximiliano Naranjo,
anciano, patriarca y guía.
En recuerdo de Leonor Estrada,
compañera fiel y dulce madre.*

El comisario puso Ramón Maximiliano Naranjo López, y esa fue la postura de mi nombre, eso fue por haber nacido muriendo él, porque él faltó: lo mataron enseguida; era muy valiente, dicen, pero le valió nada la valentía...

Ramón Maximiliano Naranjo

A MI PADRE LO MATÓ LA NAUYACA

Mi padre no tenía agricultura, dice mi madre que tenía una matanza: mataba puerco, mataba animales de presa y de eso vivía; era cazador, llegaba al monte a matar venados.

Cuando él vivía mi familia estaba en Zapotal, fui yo el que salió de allá viniendo a endurecer aquí, en San Rafael.

A mi padre lo mató la nauyaca, pero dicen que la cabeza era del tamaño de una calabaza tierna, de la misma horma que un zapote grande o un coco mediano.

Mi papá se paró en el rollo de la culebra cuando le estaba apuntando al venado.

La culebra le cortó los tendones del tobillo, esos que nos mantienen de pie. Cuando sintió el corte de los colmillos y el jalón de la mordida, dijo que parecía que se le había descolgado el corazón y ya no hizo más que tirarle un último disparo a la cvíbora y la trozó con el machete.

La mordida, el corte de los tendones y el daño al hueso lo debilitaron, contaba mi mamá que con trabajo le quitaron las ropas, le tuvieron que cortar los pantalones para sacárselos pues su cuerpo se hinchó enormemente, por el tamaño que había tenido la culebra y la cantidad de ponzoña que le inyectó con la mordida.

Mi madre estaba embarazada y según los dichos de los ancianos eso lo terminó de matar, pues es malo para el picado de culebra estar al cuidado de una mujer de embarazo.

No, no tuvo cura y muriendo él nació yo, era yo el que estaba en el vientre de mi madre a la hora de morir mi padre.

Mi madre siempre decía que mi padre era una gran cosa, que le daba a cualquier pobre carne y comida y nada más se las daba sin cobrar o pedir nada a cambio.

Ahí en el Zapotal no hallaban qué hacer con él de tanto que lo apreciaban. Lo que no se sabe es cómo sus hermanos se esparcieron y por qué fueron tan distintos a él.

Entonces así fue la vida de nosotros aquí, vivir una vida triste, una vida pobre, una vida de verdad cuidados de Dios, porque nosotros a estas montañas vinimos con el afán de sobrevivir.

Mi mamá caminó con todos nosotros, yo nació en el Zapotal aún con la impresión de la muerte de mi padre; en el Zapotal a mi madre la dejaron sin nada, mis tíos le quitaron la casa y las tierras de mi padre el finado, cuando apenas lo estaban enterrando.

Le quitaron todo lo que tenía. Ella no tenía familia, era huérfana, mi padre la conoció en una ocasión que fue de cacería a unas montañas allá por Huimanguillo.

La encontró en el pueblo, se enamoró, la trajo con él y le dio una familia, pero él ya no estaba y ella se había quedado de nuevo sin su protección, no sola, porque ya nos tenía a nosotros.

Ella se vino mendigando con nosotros a cuestras, dejando todo lo que tenía en Zapotal, caminando entre las trillas, entre los montes, porque en ese entonces no eran caminos.

Llegó acá don Octavio y con su mujer, a la que luego conoceríamos como tía Delia.

Don Octavio le dijo:

–Hermana, ¿y qué le pasó?

–Pues que me corretearon.

–Pues no, no hermana, le voy a mandar hacer una casita *pa'* los chamacos.

Don Octavio era un gran hacendado, un hombre con muchas tierras y de mucha oportunidad, se apiadó de nosotros y fue que nos hizo una casa, nos dijo que aquí nos podíamos quedar, que aquí lo podíamos reclamar como nuestro si lo trabajábamos, que aquí no tenía dueños.

Estas montañas eran grandes montazales silvestres, llenas de matas de mango, palmeras de corozo, enredaderas de caña amarga y montones de nidos de insectos y pájaros que disfrutaban de la libertad de no convivir demasiado con la gente, pero ahora habíamos llegado y aquí nos quedaríamos; yo a iniciar mis días, y tal vez a terminarlos.

Empezamos a trabajar, ya mis hermanos estaban más grandes, empezaron a hacer unas siembritas, a hacer unos pedazos de milpita, de frijolares, de arrozales y a criar puercos.

Así era la vida, cultivábamos el corozo, cultivábamos todo eso para vivir, durante nuestra infancia.

Cuando tuve la edad de doce o catorce años me dejé de corozo, me dejé de cuanta cosa y salí a trabajar.

Cuando estuve en Paredón, cuando fui a Villahermosa, luego estuve hasta Macoite y luego de ahí, como se acabó el trabajo allá, ya me fui a la montería donde había trabajo perpetuo.

De ahí saqué para casarme y me casé. Seguí trabajando, hasta que me cansé de pronto, de pronto me cansé y empecé a sembrar allá donde está Allende, ahí sembré la primera mata de cacao.

Pero esas ya son otras historias.

MI HERMANO MAYOR SE VA A LA GUERRA

Sé de mi historia de mucho antes de haber nacido, porque en sus pesares mi madre ya me traía a cuestras.

Resultó que mi mamá estaba enferma, recién aliviada de mí. Mis otros hermanos estaban todavía chicos y mi hermano el mayor estaba de catorce años; nuestro padre ya estaba muerto y nadie velaba por nosotros.

Maximiliano, él era el mayor, era el único que podía ayudar a mi madre, era el que sabía hacer los viajes, ir y venir al pueblo a caballo, en ese entonces lo mandaba al pueblo a buscar encargos, a vender los granos y los productos del corozo.

Un día, lo mandó como cualquier otra ocasión al pueblo, estos viajes tomaban más de un día, se iba en la madrugada y llegaba por la tarde noche al pueblo, se queda a trasnochar allá y por la madrugada del día siguiente regresaba de nuevo a los montes donde teníamos nuestra casa.

El inicio del viaje pareció normal, al igual que el tiempo de la espera de su regreso, pero en esta ocasión, para cuando regresó ya venía con el rifle colgado en la silla del caballo y encima, cruzadas a medio pecho, el par de carrilleras, y mi mamacita con el susto y el presentimiento oculto tras la voz de mando, le reprimió:

–Maximiliano, ¿quién te mandó a eso?

–Yo me voy a la guerra, total yo soy solo –repuso él.

Y lo era, pues era el mayor, pero no lo suficiente como para tener familia propia.

Esa noche que pasó Maximiliano en el pueblo fue distinta a las demás. Él solía dormirse al pie del fogón o junto al caballo, donde le dieran posada para esperar a la madrugada y regresar a casa.

Pero esa noche había un gran alboroto en el pueblo, toda la gente se congregó en la plaza para escuchar a unos hombres trepados en las bancas del parque que invitaban a unirse a ellos y luchar por la libertad.

Trepados en las bancas del parque, lo atrajo el corretear por la calle de tanta gente, incluso el caballo se inquietó por el ruido de tantas voces y gente que gritaba «¡vamos!» al pasar junto al corral.

La curiosidad lo sacó de su escondite y lo incitó a desobedecer las indicaciones de nuestra madre, de quedarse desde la tarde donde le dieran posada y no salir a las calles del pueblo, donde había tanta perdición, hasta llegada la madrugada solo para venir de regreso.

Escuchó los fervores del orgullo de luchar por tu patria, el heroísmo que traería a su vida y la oportunidad de recorrer el país junto a soldados valientes, incluso la oportunidad de subirse a un ferrocarril.

Así se fue Maximiliano a la guerra, orgulloso y ferviente.

Se fue a una guerra que no sé cómo la comprendía, con nosotros viviendo allá tan lejos de todo, se fue para luchar por una libertad que allá, en medio de los montes, teníamos, en tranquilidad, aunque con penurias, ahí estábamos en paz, tan lejos, pero ¿quién diría que pronto estaríamos en medio de esa guerra?

Dice mi mamá que como al mes o a los dos meses, lo mataron.

Mi madre, en su corazón, siempre en su corazón, supo que eso pasaría, sólo esperaba el momento de que alguien le dijera que ya había sucedido, que alguno de esos que pasaban cada tiempo por ahí, por las trillas, le diera razón de su hijo.

Qué dura fue la vida que vivimos allá tan lejos y con tanta cercanía a todo eso que no se cuenta de la Revolución y de los soldados anónimos que sirvieron de carne de cañón, que salieron de estas tierras, que no fueron más que polvorines.

Yo tenía como cinco meses cuando mataron a mi hermano. Yo aún estaba sin nombre, y pues él era Maximiliano.

Cuando el delegado puso mi nombre, puso Ramón Maximiliano Naranjo López y esa fue la postura de mi nombre, eso fue por haber nacido muriendo él, porque él faltó, lo mataron enseguida.

Era muy valiente, dicen, pero le valió nada la valentía.

LA PIZCA Y LA TROPA

Yo trabajé desde muy pequeño, siempre trabajé en algo. Cortando corozo, haciendo jabón, ayudando en las siembras, correteando animales, y lo último, ya con aires, ya siendo hombre, trabajé entre las montañas, en las grandes monterías.

Recuerdo que en una de esas tantas estuve con un señor cortando arroz, cortábamos el arroz de las cinco de la mañana a las cinco de la tarde, así como lo oyes, todito el día, de cinco a cinco.

Yo todavía era un niño, pero el hambre no respeta edades y mi mamacita sólo nos tenía a nosotros para ayudarla.

Eso era andar entre los matorrales con toda la pelusa encima, esperando a ver a qué horas te encontrabas una culebra o ella te encontraba a ti, además de las incomodidades de los moscos, chaquistes, ratones y todo tipo de alimaña que se puede encontrar uno entre esos montes.

Pero no era suficiente con cortar el arroz, ese trabajo no era suficiente, había que pisarlo, separar el arroz y la cascarilla, lo metíamos entre unos troncos huecos convertidos en unas grandes vasijas de mortero que nosotros mismos fabricábamos con machetes, cuchillos y espátulas gruesas de metal, todas herramientas burdas pero confiables, metíamos en ellos el arroz para luego con otro palo molerlo y apachurrarlo hasta que se descascarara y se

levantara una polvareda que te hace estornudar.

En fin, en eso de la cortada de arroz estábamos, espigando, cortando, envasando y demás, cuando a los poquitos días se reunió una tropa, pero tropa de lo más grande, venía un mundo de gente de a pie, un centenar de hombres y gentes de a caballo, por estos lares era difícil ver extranjeros o gente de fuera, salvo uno que otro viajero que pasaba perdido por aquí pidiendo agua o algo de que comer.

Todo ese gentío fue llegando a lo largo de un día, nosotros los veíamos a la distancia sin saber qué buscaban, pero algo nos olíamos porque traían carabinas, carrilleras y costales con cosas.

Al llegar buscaban un fresco debajo de un árbol o un espacio dónde colocar sus trapos a manera de tienda, y se echaban ahí, aplastando los montes, en lo que al parecer se reagrupaban porque parecía que no dejaban de llegar, era la gente de un tal Puig, que resultó que era un general.

LAS HISTORIAS DE CHABELA Y LA SED DE LOS HOMBRES

Yo conocí a Puig, conocí a Federico Aparicio, a Ignacio Gutiérrez, al general Cuevas, conocí a Segovia, conocí a don Carlos Greene y conocí a don Alejandro Samoano.

Claro que, en esos años, con el pantaloncito hasta las rodillas, cómo iba uno a saber que era gente importante, yo los veía como grandes hombres y líderes de los rebeldes, algunos, y otros generales de ejército, pero nomás eso, porque no sabía qué tanto había detrás de esos nombramientos.

Yo estaba mero chamaco, me recuerdo lleno de pelusa y polvo de andar jugando o trabajando, con el pantalón a media rodilla, sin camisa y con la pancita descubierta.

Recuerdo que ese hombre, Puig, me dijo:

–¡Queremos agua, chamaco, queremos agua! –con esa tremenda voz de mando.

Y pues nosotros a acarrear agua en unas latas viejas, que fue lo primero que encontramos para ir por el agua. Con trabajo las aguantábamos porque era larga la caminata desde el río a la trilla de la casa, aunque las latas eran del tamaño de una cubeta, traíamos media lata y se la echaban, y otra media lata y se la echaban, nada parecía sustentarlos. Del río a la casa, más tardábamos en traer el agua que ellos en tomársela o terminársela de cualquier forma, entre

hombres, caballos y mulas, toditos tenían sed o al menos todos parecían querer agua.

Ese día me di cuenta de que la historia que contaba Chabela podría ser verdad. Chabela era una viejita que pasaba a la casa de mi mamá cada que iba al pueblo. Ella vivía mucho más enterrada en las montañas que nosotros, solamente o en compañía de sus animales y sus perros.

Yo creía que ya estaba loca y que todo lo que contaba era inventado, pero ante lo que yo estaba viviendo en aquel momento, era posible para mí que sus cuentos fueran ciertos.

Un día llegó pálida a ver a mi mamá, a decirle que habían pasado cientos de hombres en las cercanías de su casa, que ella estaba moliendo su nixtamal y que los trastes, los bush y las jícaras que tenía colgadas en las vigas de la cocina empezaron a moverse como la antesala de un temblor. La sorprendió el ruido cercano de muchas voces en las afueras de su casa, donde nada más solían escucharse los ladridos de sus perros, el quiquirricar de sus gallinas y los pajaritos que cantan en los árboles. La sobresaltó la invasión momentánea de tantas cosas, ruidos, movimientos y presentimientos. Dijo que eran tantos hombres, bestias y caballos que temió que fueran a matarla, pero que en lugar de eso se habían tomado toda el agua de la lagunilla que estaba detrás de su casa.

Claro que no le creímos en aquel momento. Mi mamá nos regañó porque mis hermanos y yo nos reímos del cuento de la vieja con grandes carcajadas y haciéndonos señas entre nosotros de que ya estaba turuleta de tanto hablar todos los días sólo con sus perros.

Chabela de por sí tenía la mirada como perdida, enton-

ces imagínense cómo estaba en esa ocasión con la impresión del suceso, los ojos casi se le salían de las órbitas y no dejaba de explicar y mover las manos para representarnos la magnitud del suceso.

Pero aquí estaba yo, en medio de cientos de hombres y caballos, acarreando agua sin descanso y parecía como que no traíamos nada porque la esfumaban al instante.

Junto a nuestra casa mi hermano tenía un cañalito, un cañal de purita caña blanca, tan blanda que hasta se quebraba con los dientes, esa caña era muy dulce y suave. Esa gente nomás con la mano la quebraba.

El cañal era como de media hectárea; pues la tropa se metió entre las cañas, parecían hormigas. Las matas de caña nomás se mecían entre tanta gente.

Agarraron el cañal, que lo llenaron y acabaron con todo instantáneamente, se comieron todo, sólo quedaron las hojas y el sargazo tirados por donde quiera y la pelusa revoloteando en el aire, pero no quedó surco de caña en pie, ni un solo pedazo de vara de caña.

¿Qué íbamos a decir nosotros de aquello a esos hombres? Nosotros, niños entre tanta gente y hombres armados, mi madre sólo espiaba desde la entrada de nuestra casa y mi hermano no vio lo que le ocurrió a su cañal hasta pasada la tarde.

Un grupo de soldados del general Puig venía más atrás. Los hombres venían rezagados, pero porque traían un toro enorme. Era un animal de piel oscura con una enorme bola en la espalda. Nunca había yo visto animal tan grande.

El general Puig caminó hacia nuestra casa y se acercó a mi mamá guardando cierta distancia, como para no espan-

tar, mi madre estaba parada en la puerta vigilando lo que hacíamos.

—Señora, esperamos a sus hijos allá, para que le traigan carne.

Mi madre sólo lo miró, no negó ni asintió. No es que fuese maleducada, mi madre era la mujer más cariñosa y servicial que he conocido, pero era necesario mostrar cierta reserva teniendo en cuenta que era una mujer que vivía sola con sus hijos en medio de la nada.

Y lo de la carne no es que resultara una cuestión tentadora, porque comíamos carne de cerdo de monte cuando se antojaba, habiendo marranitos ya gordos. Ahí los cerdos crecían entre los montes, estando pequeños los separábamos de las madres, los capábamos para luego soltarlos y esperar a que engordaran. Había muchas plantas y árboles frutales por temporadas en las montañas, por lo que nunca les hacía falta alimento y los puercos se criaban en cantidad.

Todos aquellos rebeldes descansaron junto a mi casa porque les quedaba de camino a la finca de don Octavio Fuentes. A esa finca es que iban a meterse, allá enclavada en medio de las montañas.

Don Octavio era al parecer un partidario del movimiento y sus tierras estaban estratégicamente en medio de todo, hacia un lado se podía ir a Huimanguillo, por el otro a Comalcalco o Cunduacán, y tenía entre los montes una trilla que llevaba al pueblo de Aldama y a la ribera por todo lo escondido de las montañas.

Pero esto sólo era el inicio de las muchas cosas que vería por vivir junto a la trilla, por donde los rebeldes y confederados atravesaban las montañas. Siempre parecía ser su ruta.

En fin, que ellos siguieron su camino, se fueron y pues ya nos quedamos contentos, jugando mientras no hubiese otra cosa que hacer, corriendo de aquí para allá en los patios junto a nuestra choza.

Ya habían avanzado casi todos cuando vi que llevaban un bulto sobre un tapesco de palo. Yo, con toda la emoción del toro que había visto antes, corrí a decirle a mi mamá:

—Ahí llevan un capón, mamá.

—*Tas* loco, eso no es un capón, es un muerto —señaló mi mamá, pensando que con eso ahuyentaría mi curiosidad.

Pero no le creí. Yo quería comprobar que era otro animal como el que antes habían pasado y me fui siguiéndolos hasta que llegaron al panteón. Ahí se metieron.

Me asomé para ver qué hacían. Estaban escarbando una zanja y tiraron el bulto dentro y lo enterraron. ¡Pero había tanta mosca que se escuchaba el zumbido de tal cantidad que eran!

Con el susto me regresé corriendo a la casa, no vi gran cosa, sólo sentí el olor horrendo en la nariz, vi un bulto y escuché el zumbido de las moscas.

CON UN MANGO Y UNA TORTILLA

Siempre que era posible pasábamos las tardes como cualquier chiquillo, jugando a algo o correteando de arriba para abajo. Pero ya las cosas no eran tan tranquilas como hacía algunos meses atrás.

Yo me mantenía en el camino para acá y para allá, mientras no me mandara mi mamá a trabajar.

Nos gustaba jugar en la trilla que se encontraba entre nuestro gran patio y los cañales de don Octavio, saltar entre los troncos tirados de los grandes árboles ancianos que cortaban para madera, buscando camarones canasteros en las cunetas donde corría el agua de lluvia entre los cañales y las haciendas de cacao.

En una de esas tardes, estando por ahí, oímos el escándalo. ¡Pas, pas, pas, pas!

Nomás corrí a decirle a mi mamá:

–¡Mamá, ya mataron a uno ahí!

–¡*Tas* loco, vos! –decía mi mamacita.

–Ya lo mataron, lo voy a ver.

–*Tas* loco, tú métete *pa'cá*, *pa'dentro*.

Salí corriendo a la trilla ante la premonición de encontrarme con algo que me sorprendería.

Como niños no somos precavidos en ocasiones, y corrí hacia donde había oído los tiros, y ahí estaba el muerto, embrocado con la cara en la tierra, con el cabello polvoso y

sus ropas raídas, con un calzado que no parecía embonarle bien al tamaño de sus pies y el cabello enmarañado.

Ahí, tumbado en el suelo, seguía sosteniendo un mango maduro en una mano y una tortilla en la otra. Lo agarraron comiendo al pobrecito, era un soldado rebelde y nomás ahí lo mataron.

Corrí hacia mi casa por el mismo camino por el que había venido y a gritos llamé a mis hermanos. Les conté lo que había visto pero mis hermanos decían que era mentira, y para convencerlos se los fui a enseñar, pero a medio camino se regresaron corriendo y allá me dejaron solito por el panteón, ya cerca del muerto.

A ese pobre soldado nomás ahí lo dejaron, embrocado con el rostro en el suelo y la comida todavía en sus manos.

Lo dejaron para que se pudriera y se lo comieran los insectos y los gusanos.

De estas cosas veríamos bastante.

Ya las guerras de Cuevas y Gutiérrez fueron guerras bajas, más como guerrillas y un grupo contra otro. Pero Cuevas, ese Cuevas, fue un gran líder.

EL JABÓN DE COROZO

Vamos a trabajar el corozo, decía mi mamá. Algo teníamos que hacer para vivir y allá nos íbamos todos a las montañas a buscar corozo, recogíamos casi todo el día, quizás desde la mañana a la noche, y no mentiré, reuníamos hasta doce sacos de corozo y arrastraditos los traíamos hasta la casa.

Ya cuando yo estaba más grandecito aguantaba los sacos de corozo a cuestras y así me los traía en la espalda, todo el camino de las trillas entre los montes y los cerros hasta llegar a la casa; y así como yo, lo hacían también mis hermanos, todos como hormiguitas en fila y con los sacos a la espalda.

A ese corozo se le hacía una palanca con palos de guarumos y se iban pasando entre los palos hasta que la cáscara del corozo se quebraba, despedazándose y tirando la cáscara y la semilla del corozo uno tras otro.

¿Ustedes saben lo que son doce sacos? Terminar de quebrar los corozos llevaba tiempo, pero eso no acababa ahí, mi mamá ponía hojas como un tapesco junto a los costales de corozo y ahí íbamos echando todos los corozos limpiécitos, ya sin concha. A los dos o tres días de estar al sol y la intemperie esos corozos fermentaban, se ponían amarillos como la yema cocida de un huevo.

Mi mamá mandaba a hacer grandes ollas de barro, ollas

corrientes, nomás para el uso del corozo. Metíamos los corozos en las ollas y nos aventábamos a aplastarlos con los pies, a batir y batir la melcocha fermentada, nos metíamos de a dos chamacos, tomados de los brazos o las muñecas, a batir todo el corozo que mi mamá había mandado a poner entre las ollas, era divertido pero muy cansado.

Cuando terminábamos teníamos baba de corozo hasta en las orejas. Luego llenábamos las ollas de agua hasta que surdiera la babaza. Con unas palancas, yo de un lado y mis hermanos del otro, las movíamos hasta que el agua se llenaba de un color amarillento, mueve y mueve iba saliendo la manteca del corozo, esa manteca la iba sacando mi mamá y la echaba en yaguas de palma o en ollas y las ponía al sol y ahí las dejábamos y el sol las derretía.

Esa manteca se ponía blanca, blanca como la sábila de los árboles, ya estando así mi madre indicaba:

–¡Vamos a hacer jabón!

Acarreábamos leña para hacer el fuego, se ponían a hervir las pailas de manteca con más agua, pero esta vez agua limpia. Tres, cuatro, cinco, seis kilos de manteca, y ahí se estaba moviendo hasta que se ponía cremoso, se bajaba y se dejaba que se conservara, si era posible durante tres días, ya para el cuarto día se empezaba a pulir, veías los trozos de jabón ya en la mesa, los hacían en forma de torta y con una medida se cortaban los jabones para que salieran parejitos y blancos.

Antes venían unas latas medianas en donde venía la galleta, mi madrecita las limpiaba y metía los jabones, todos acomodaditos dentro de la lata y las llenaba hasta el tope. Y me señalaba:

–Hijo, te vas a ir al pueblo a vender este jabón.

Yo estaba chamaquillo, pero me echaba esa lata a cuestas y salía de mi casa por lo menos a las tres o cuatro de la madrugada.

Esa mañana, solitito me iba por las trillas entre los montes, los cañales y los cacaotales, tarareando alguna canción para espantarme el miedo.

En el camino no me encontraba ni zorros, pero sí escuchaba el murmullo de los insectos, los animales que se movían entre las ramas de los árboles sobre mi cabeza y los que corrían entre la hojarasca sin ser visibles, pero sabía que estaban allí.

Llegaba yo al pueblo entrada la tarde. La gente todavía ocupada en sus actividades cotidianas, llevando mercancías, haciendo compras o rumbo a la misa de la tarde; ellos ocupados en lo suyo.

Yo solo me iba por todas las calles a vender, anunciando:

—¡Jabón, jabón de corozo puro, para la piel suave, para la piel y los cabellos limpios.

Había una calle que se llamaba Ramón Sosa, de las primeras calles de Cárdenas, y recuerdo que un día, de las primeras veces que llevé a vender jabón, me recibió en su tienda un señor de apellido Rivera.

—A ver tu jabón. ¡Ahhh, ah, está bonitísimo tu jabón! Si quieres yo te lo compro todo. Te lo voy a pagar a tres centavos y medio el pan.

—Pues está bien don, tome pues.

Ya con mis centavos me daban posada en esas grandes tiendas, ahí me daban posada porque sabían que a la ma-

ñana siguiente tenía yo que comprar en mercancía lo que había vendido de jabón.

Compraba cosas en la tienda para llevar para la casa. Allá no nos servía el dinero, lo que necesitábamos eran víveres y las cosas básicas para pasar un tiempo antes de volver de nuevo a comprar.

Ya me venía yo cargadito de regreso a mi casa por el mismo camino.

Esa fue la vida de alguien de campo como nosotros.

ANTES DE SANTA ANA

Entonces cuando yo llegué a vivir aquí, ¡a ver si logro recordar! Recordar para decirte cómo se llamaban los parajes.

¿O primero la gente y la comunidad? Creo que lo primero será el territorio.

Allá se llama Santa Teresa, ahí había una familia, porque son catorce las familias que hubo al principio, desde el poblado Diez hasta el viejo pueblo de Poza Redonda, según mis conocimientos, claro está.

Allá por las primeras trillas estaban los de la familia Castillo, esos eran güeros y de pequeña estatura, siempre se han dedicado a las labores manuales, el trabajo con la madera y el metal.

La segunda familia de esos rumbos eran los De Dios o los Dioses, como siempre se han hecho llamar, trabajadores de la tierra siempre han sido, en la caña, el maíz y por esos años el tabaco, aunque en menor producción.

La tercera familia, los Estrada, gente noble y humilde, esos vivían de lo que ellos mismos cosechaban, de la cría de los cerdos y los pollos, y en temporada de crecidas en el arroyo de la Mina vivían de la pesca, pero siempre fueron gente luchona, trabajadora y noble.

La que vendría siendo la cuarta familia bajo el apellido de Bautista, siempre ha sido gente de juego, de pleito y de

guerra. Nunca ha habido nobleza en esa casa, sólo orgullo y mala ley.

La quinta familia eran los Olanes, dedicados como muchos a la producción de la tierra. Y después los Cáliz y los Rivera, comerciantes. A eso se dedicaban ellos, a vender y comprar en el pueblo y en las trillas de por aquí. Donde hubiera gente, ahí había un viejito Rivera, ¡que cómo recuerdo a ese don!

Después del viejito Rivera, los Albert, porque los Albert son americanos, esos no son Albertos, sino Albert. Llegaron a estas montañas y se quedaron acá, dicen que quedaron encantados con tanto verde y con tanta agua.

Entonces, después de los Albert, viene la familia Fuente, unas de las stirpes más pudientes de mis tiempos. De esas era don Octavio Fuente, y estaba orgulloso de la finca que tenía.

Luego de estos, nosotros los Naranjo, y una serie de pequeñas familias perdidas más allá entre las montañas.

Y llegando casi a las cercanías de la costa, bajo los apellidos de Fernández, García, Zapata, Ortices y de último los Echeverría, que es lo último adonde llegaron las misiones religiosas. Sí, hasta ahí eran los Echeverría, hasta la colita allá junto al mar y las lagunas en Poza Redonda.

Todas estas familias abarcaron lo que se dice hoy Santa Ana, el poblado Diez y Poza Redonda.

LOS RÍOS

Esos de los nombres de los ríos también tiene su historia. Todos tienen motivos en sus nombres y esos motivos han permanecido hasta hoy, en donde a tantos años se siguen llamando igual, aunque muchas gentes ya no saben el porqué.

Vamos a venir en otro viaje de allá para acá, de las orillas del pueblo a las entrañas de las montañas, pero ahora hablando de los ríos.

El río del Uvero, ¿por qué se llamaba el Uvero, ese río de aguas oscuras? No es el puente, es el río el que lleva el nombre de Uvero, aunque ya hoy es reconocido puente y todo como el Uvero. Resulta sencillo una vez sabido que hay tres uveros grandes en la bajada del puente donde hace la curva el río, hay también tres uveros y aún más grandes en el mero río justo en la orilla. Esa pasada del río se ponía feísima, eso era lodo y agua casi todo el tiempo y en temporada de lluvias y creciente eso llegaba hasta arriba, hasta las ramas más altas de aquellos árboles llegaba el agua, y las aguas siempre negras porque como recorría su camino entre las montañas siempre traía un montón de hojas que caían en sus aguas durante todo el trayecto, las manchaban y las mantenían siempre oscuras y amargas. Para pasar al otro lado de este río lo único que había era un puente de palo, hecho con soleras atravesadas, largas

bigas y buenos troncos, todos acomodaditos hasta cubrir el río o más bien la pasada, por este tipo de pasos sí podías cruzar con las bestias.

Cuando no construíamos un puente hacíamos barandillas, que es sólo un palo largo y grueso atravesado sobre unos arcones, para que al menos nosotros a pie pudiéramos pasar los corrientales de tantos ríos con la ropa media seca.

Eso lo hacía la comunidad, aunque en aquel entonces no era exactamente una comunidad, porque las familias vivían una por aquí y otra a medio o a dos kilómetros de distancia. Y ahí con la bendición de Dios, sobre esas vigas, esos troncos y esos puntales, pasaba uno.

Un día, por cierto, yo traía la silla de mi caballo abrazada, pretendiendo pasar al otro lado usando la barandilla, a mi caballo lo llevaba con una lía porque él solo podía pasar por el meritito río. Estaba yo bien chamaco, como de dieciséis años, estaba pasando la barandilla abrazado de la silla y que se me resbala un zapato, la suerte es que caí montado sobre la biga de la barandilla y llevaba amarrada al brazo la lía de mi caballo, si no hasta luego, porque caer en esos ríos en temporada de creciente es no volver a vernos, no era poca la fuerza que tomaban y el montón de ramas, piedras y demás que arrastraban esos ríos dentro de sus aguas.

Esa noche me quedé en casa de don Sixto, donde está la familia esa De Dios. Ahí tienen su caserío y ahí vivía el viejito. Pedí posada porque ya era de noche y todavía tenía que cruzar la Pelona y pensé, «si no me maté aquí, allá sí me voy a matar».

El viejito, muy alegre, me dijo que soltara el caballo y pasara. Ese anciano era muy amable, me permitía quedar-

me cuando me ganaba la noche y lo único que quería a cambio era que lo escuchara contar sus historias.

Siguiendo se llega al arroyo de la Mina, no es que me librara así como así de seguir pasando ríos de día o de noche. Ellos seguían ahí porque si quería llegar a mi casa había que pasarlos casi todos. A éste le pusieron así porque a como está de seco casi todo el año, venía la creciente y anunciada con la gritería de sapos, llegaba de cuanta cosa de allá de Santa Teresa, se crecía el riachuelo lleno de mojarra y de pigua, de lo que tú quisieras. Era abundante la pesca ahí, de eso la gente aprovechaba y esa era la mina de todo pez que se deseara, era cosa de atinarle al tesoro, de presentir las fechas de la creciente.

Después está el río de la Pelona. Se llama así porque en esa barandilla de puros pedazos hubo una ocasión, a fines de año, que venía la federación detrás de los rebeldes, no conocían la zona y se aventuraron en nuestras trillas confiados en sus equipos y sus armas, pero un soldado con todo su equipo, armamento, municiones, provisiones, con todo su cargamento, se resbaló en la vara cayendo al río y nada pudieron hacer para salvarle. Y es que lo vieron caer pero no volvió a surdir y poco tiempo hubo para pensar y actuar porque se lo tragó el río. Desde ese momento le nombraron la Pelona a ese traicionero río, porque al caer ahí, el que caía no volvía, sólo la muerte podía vivir en esas aguas. Casi nadie supo por qué se llamó la Pelona. Fue tan sólo una frase que los soldados dijeron al ver que su compañero había caído y darse cuenta que había muerto: «Pues, se lo llevó la pelona».

En uno de mis viajes llegué a la Pelona, y estaba el río tan crecido que los pasamanos apenas se veían, había gran-

des corrientes. Era domingo y para darme valor nomás me dije:

–Pues yo voy al otro lado.

Me amarré la ropa al cuello y me tiré nadando. Me agarré de los pasamanos sin saber que estaba mucho más hondo de este lado, el río me arrastró hacia una vuelta donde se unía el arenal, que eran grandes corrientales, y con trabajo llegué cerca de donde estaban unos árboles a medio hundir. Pero gracias a Dios pasé.

Pero la paz no la alcancé allí, venía ya pensando en el río de la entrada a San Rafael, porque en ese sí había gran cantidad de lagartos. En la Pelona no había, sólo era posible morir ahogado, pero al fin recapacité:

–Pues si me lleva la pelona, pues que me lleve –y seguí mi camino.

Justo en medio de Santa Ana está el río Sal si puedes, no fue muy creativo el nombre pero se basa en la expresión de casi todos los que por aquí pasaban, porque el que caía ahí con su bestia, su vaca o su caballo, si salía con ellos era bendecido, y si no pues fue que nomás no se pudo, porque ese arroyo era fangoso y movedizo. Si no era agua, era arena y si no lodo, pero algo hacía que te enterraras, ese río sólo era una pequeña franja de agua al centro de un pequeño cañón dibujado por los caprichos del agua que por allí corría, pero como en las noches se crecía, toda la tierra se humedecía y ya para la mañana que el río bajaba, sólo lodo y tierras fangosas es lo que dejaba para que uno viera cómo pasaba, porque era tanto el lodo que te llegaba hasta las rodillas y si te caías, pues hasta el ombligo.

Llegando más cerca de mi casa vivía don Roberto, hombre recio pero de buena ley. Vivía junto al río de la entrada

de San Rafael. El Majás se llama ese méndigo río, en ese entonces ahí había lagartos y me daba miedo porque había que pasar nadando, pero yo como en tantas ocasiones me tiraba al ahí se va. Siempre decía, «en el nombre de Dios yo voy a pasar». El motivo era que mi madre sin mí estaba sola. Me tiraba y como podía pasaba y me iba nadando y nadando hasta que cruzaba y gracias a Dios llegaba al otro lado. Ya del otro lado no había corrientales, pasaba y llegaba a mi casa.

El último era el cruce de la Palma, se llama así porque en la mera boca del río había una palma grandísima, un palmero de aquellos que se pueden alcanzar a ver desde lejos. En la mera boca del río se pasaba un poco fácil. El arroyo no era tan fuerte, como estaba cerca del río grande se llenaba desde allá y se ponía lento y pesado, pero tenía que llegar al Filero, se distinguía por los enormes cúmulos oscuros que se veían dentro del agua, eran grandes manchas negras que se movían, distorsionaban y combinaban. Ese río negreaba pero negreaba que si te metías con las manos abiertas, llenabas un canasto de puros peces llamados «fil». Las manchas negras en el agua eran cardúmenes de peces que por el tipo de corriente que tenía ese río, vivían y se reproducían en esas aguas.

Ese es el último cruce de río que tiene aquí Santa Ana, porque allá sigue Encrucijada, sigue Bata Caballo, y sigue no sé qué otra cosa.

Esos son los nombres de las comunidades desde sus inicios y esas son las familias que llegaron a hacer grandes cosas aquí. Hacia las montañas decían que había más familias, iniciando con una llamada Hernández, pero eso quién

sabe, de eso sólo recuerdo a un respetuoso hombre, don Samuel, muy querido.

Teníamos nuestra economía como todos, la moneda era puro 0.720, ese era el peso que corría aquí, el de antes era puro peso pero grande.

HERMANOS Y PANTALONCITOS

Ninguno de mis hermanos pasó esta vida, ninguno. Mis hermanos se fueron, tenían el pantaloncito hasta aquí, mocho hasta la rodilla, un medio pantalón, pero era de manta.

Así se fue Cipriano, así se fue Ernesto, Felipe no se fue, ni Chon. Felipe se casó aquí con la prima María Fuente, hija de don Octavio. El finado Chon se hizo de una señora que era Delaida, que fue la mamá de Chúa y de Reinaldo. Ya luego se trajo Chon a la finada Delia y se vino para acá con ella, pero así tuvo la vida aquí.

Cipriano se halló una viuda que es la mamá de Pollón y de una señora que me visita de vez en cuando, ella es trigüeña, esa es de los primeros hijos de Cipriano. Luego se halló otra señora y luego se halló otra y otra.

En fin, que se quedó allá, mi hermano Cipriano jamás conoció Villahermosa, así como lo oyes, allá se metió en esos lugares, más *pa'trás* de donde eran las grandes montañas y de vez en cuando venía.

—Hermano, quiero que me prestes unos centavitos —yo se los daba.

Ahora el que vivió un poco distanciado fue mi hermano Ernesto, ese vivió un poco bravo con nosotros, por cosas con Chon, pero Cipriano no, ni las mujeres tampoco.

Candelaria era un poco orgullosa, pero con Candelaria

vivíamos juntos María, Candelaria, Chon y yo, vivíamos juntos, por eso los hijos de María siempre me aprecian mucho.

Los que aquí nunca han venido son los hijos de Ernesto. Los hijos de Cipriano siempre llegan, tiene un catorzal allá por la calzada y hay uno ahí que tiene billete en cantidad, uno que se llama Ramón, como yo.

CABALLOS Y RÍOS

• Sabes cuánto son setecientos hombres a caballo? Eso es lo que pasaba por aquí, setecientos federales o hasta setecientos rebeldes *pa'* agarrarse a tiros.

Pasaban por aquí unos persiguiendo a otros, porque por acá había una trilla que llegaba hasta la costa, pero por todo a través de las montañas, esa te llevaba al Candelero, luego te llevaba a Arrollo Hondo, esos que ya eran medios pueblos.

Y los soldados pasaban por los ríos, pasaban en sus caballos o a pie tal cual iban, muchas veces sin conocer antes los ríos y por eso es que pasó lo de la Pelona.

Los soldados casi siempre eran confiados, pasaban a pie y se iban entre las aguas y no los volvían a ver jamás, es que esos eran corrientales, no como ahorita, ahorita son pequeños porque acá desviaron los ríos a los campos, campos de siembra y *pa'* riego, y toda el agua se va para allá.

Para los caballos había que tener una lía como de varios metros de largo, porque la bestia se iba nadando lejos en el sentido del río según era de recia la corriente. Había que tener agarrada la lía fuertemente por arriba de la vara en la que uno se apoyaba para pasar, porque el cuaco se iba y el pesor te jalaba y si no lo controlabas, el río se llevaba al animal y si te atontabas también a ti.

Era un peligro por acá, todos los pasos de los ríos eran así, por ahí por todas esas trillas y por esos recovecos pasaban los revolucionarios y los federales se aventuraban detrás de ellos.

ESCLAVOS Y BRUJAS

Cuando nosotros llegamos acá, a Santa Ana, ya todas esas familias estaban. Don Castillo era dueño de esos terrenos donde están ahorita sus hijos y nietos. Los Dioses ahí viven todavía y los Cáliz en esos entonces fueron esclavos, esos sí vinieron de otros lados, se quedaron aquí. Los primeros de su familia fueron los esclavizados, don Rosario Cáliz, que era el papá de don Elpidio, don Carmen y don Pedrito Cáliz.

Esos nos contaban de la esclavitud lo que vivieron los Cáliz. Decían que ellos vivían todos juntos en unas largas galeras y siempre eran azotados, que si debían, por ejemplo, veinte pesos de productos, les apuntaban treinta. En los trabajos impuestos si les daban una tarea, les daban una tarea y media, nada más para que no la hicieran y no logran terminarla al final del día para poder azotarlos. Esos castigos ellos decían que eran terribles.

Al día siguiente, así con los golpes y las heridas encima, tenían que trabajar igual o más que el día anterior.

Yo platicué mucho con don Carmito Cáliz. Pedrito también me estimó mucho, que por cierto me regaló un libro y yo compré otros dos o tres.

Ahora don Rosario, ese no era cristiano, nunca quiso nada con Dios, se le pudrió el alma por tanto golpe y aun cuando lograron sobrevivir a eso, él jamás soltó el rencor

que guardó en tantos años. Él era el papá de esos primeros Cáliz.

El otro que vivió por aquí, por estas tierras, era al que le decíamos el Viejito brujo. Decíamos que hacía de curandero pero más que curar terminaba de matar, ese era de los primeros Rivera. A su esposa le decían doña Pancha «Bruja». Había una cosa grande con los Rivera, tenían posesiones, pero también tenían brujería y no siempre les salían bien las cosas.

En una ocasión le causaron problemas a unos soldados rebeldes, ahí cerca de su casa había unos mangles y se la cobraron a un tal Daniel Rivera, ahí lo colgaron en medio de esa fila de mangos. Dicen que se hacía de un lado a otro, de allá para acá colgando de la lía. Contaban que se lo comieron los chombos, ahí en el árbol colgando en el aire.

HASTA EL VIENTO SE ASUSTA

En esos tiempos había matanza de gentes, no como ahorita que lo hacen descaradamente, a la vista de cualquier persona. En ese entonces venían de noche y te decían algo así como «a ver, don Ramón, salga usted para acá afuerita», y más allá con machete o como podían te mataban.

Aquí había un señor que era comisario, ya eso fue bien después, era el tata de Chunchu y de Arturo de la Cruz, a éste lo sacaron aquí en el Majás, ahí donde estaban los árboles junto al río, ahí tiraron las manos, se las trozaron y ahí las dejaron desangrar sin más ni más. Así eran esos que mataban, era como cualquier cosa para ellos.

Había un señor más acá, ese era don Bernabé, más conocido como don Berna, a él y a su hermano los cuidaban, ya eran grandes señores y podían pagar vigilancia, pero con dinero encima hasta el viento te asusta.

Pero esa noche en que todo pasó, ya los guardias se habían levantado, cuando se escuchó ¡pas, pas, pas! Ahí los estaban tanteando, nada más dejaron que los guardias se levantaran y se fueran a su choza para tirotear a sus amos, y luego los mataron a ellos también. Recuerdo que estaba yo sentadito por ahí y escuché los balazos, allá por atrás, donde vivían los hermanos De la Fuente.

Además, por dondequiera quedaban rezagos de los re-

volucionarios. Algunos desertaban en medio de las montañas, en pleno de la nada, o se escondían en los montes y se perdían.

Esos andaban buscando y matando, esa gente andaba que ni ropa cargaba y se hacían de lo que encontraban. Esa gente no se quedaba aquí a vivir o a trabajar, al contrario, se llevaban a las mujeres de acá.

Casi no había gente por acá pero en una ocasión se llevaron a la mujer que era de mi compa Miguel Fuentes, se llamaba Mariquita. Esa fue mujer de un rebelde, porque se la robó un desertor revolucionario, pero mi compa logró recuperarla, se la llevó y tuvo que irse a vivir al pueblo, allá a Cárdenas, huyendo con tal de favorecerla a ella.

Muchos de los rebeldes se escondían a las orillas de las trillas *pa'* robar, a fin de sobrevivir, pero muchas veces también a modo de hacer mal.

Allá, antes de llegar a Cárdenas, por donde ahora es la carretera a Comalcalco, allá iba caminando un chamaco a vender sus productos al pueblo cuando venía el finado Tino Olán a caballo, regresaba del pueblo, del centro, y al ver al chamaco a la distancia pensó en aprovechar para ir al monte y no dejar solo su caballo con la mercancía. Le mandó al chamaco:

–Tenme este caballo.

Pero al tiempo le salieron unos ladrones, uno de ellos, que estaba tuerto, era el cabecilla, ése fue el que amenazó a don Florentino, que le diera el dinero que traía. El don le dijo que estaba bien, que se esperara, metió la mano en el morral del caballo pues ahí mismo traía la pistola y les disparó sin sacar la pistola del morral e hirió al que le quería robar. Los otros se quedaron asustados porque no traían

más que machetes, salieron huyendo, dejando atrás al herido que también intentaba huir, pero don Tino se fue detrás de él, los otros como pudieron cruzaron el alambrado pero el que estaba herido no podía caminar. Contaba don Tino, al narrar su historia, que en ese momento oyó una voz dentro de él que le decía «¡acábalo de matar, mátalo, mátalo, mátalo!». No pudiendo más con todo lo que traía dentro, la furia, el enojo y la voz pecaminosa que lo incitaba, lo siguió hasta que lo mató.

Y el chamaco junto al caballo se quedó espantado de lo que vio, pero él no estaba metido en eso. Le regresó el caballo al don y lo dejó seguir su camino.

Así era la vida antes, era peligrosa para mucha gente.

LA MUCHACHA ENFERMA

Allá, más adelante, vivía una señora que nomás tenía a sus hijas chiquitas y su mamá anciana que también vivía con ella. Las tropas siempre pasaban y cuando escuchaba que venían los soldados, para que no se llevaran a sus chamaquitas, las hacía cruzar el río.

Dicen que para que no dejaran huellas las hacía caminar por las piedras y sobre las ramas y las escondía debajo de un amacohite grandísimo que había del otro lado del río.

Ahí las dejaba en ocasiones todo el día a las niñas en compañía de la viejita. Cuando no la veían nomás se pasaba a dejarles pozol y luego se regresaba. Ya por la noche iba por ellas y las traía a casa, pero era dura la vida así para esa mujer, vivir con el miedo porque los soldados se llevaban todo. Cuando se escuchaban las tropas, fueran federales o fueran rebeldes, todas huían.

Dicen que en una de esas pasó un grupo que se llevó todo, pollos, puercos, muchachas, todo, sólo dejaban a los gallos, no se los llevaban porque esos en la madrugada cantaban haciendo que los contrarios pudieran descubrir dónde acampaban.

Estos grupos dispersos hacían destrozos, sólo en una ocasión, después de un desastre similar, pasó un grupo que iba nomás cantando, que nomás adioses les dijeron siguiendo de largo, felices de seguir su camino sepa con qué

destino, pero es que si no se ponía uno a la aguja se llevaban todo.

Un día, la señora no estaba pendiente y escuchó la viejita que gritaban «¡ahí vienen los rebeldes!». Las hijas no estaban listas, no se habían escondido aun, salió una *pal'* monte, pero la otra se quedó entre la casa, no dándole tiempo de huir. En su desesperación, la señora la tomó, la despeinó toda, le puso la peor ropa sucia y la metió entre la cama, entre un pabellón enmohecido, de modo que nadie la viera en plena salud.

Pasaron los rebeldes y cuando entraron a la casa le preguntaron a la madre de la muchacha:

—¿Qué tiene señora?

—Yo, nada. Aquí también esperando la muerte, es que mi hijita se me está muriendo de la enfermedad y yo no tengo con qué llevarla a curar, sólo me queda verla morir y después de que ella se vaya, esperar mi turno para seguirla por la tristeza de perderla.

Los rebeldes la miraron, no se sabe si fue su bendición o esos hombres eran distintos, pero le pasaron una bolsita y le indicaron:

—Agarre esto señora, para que cure a su niña —y le dejaron dinero.

La señora salvó a su hija y esos hombres siguieron su camino.

Era peligroso vivir

Sí, era peligroso tan sólo vivir. Todos con familia, hijos y todo huyendo a las montañas, sólo así se podía intentar sobrevivir a esa gente. Todos huyendo dejaban las casas, dejaban todo atrás, porque venían las tropas haciendo lo que se les daba la gana, aunque escapar a los montes no siempre

te libraba de morir porque las montañas también tenían sus propios peligros.

Allá en los cerros murió uno que era conocido de mi madre, uno que se llamaba Domingo. Era el mayor de una familia que para sobrevivir, para poder comer, tumbaba palos para castrar colmenas y vendía la miel silvestre en el pueblo, así como nosotros llevábamos el jabón para hacer lo mismo en la faena de juntar unos pesos y sobrevivir.

Hacían sus labores de costumbre cuando se les resbaló el árbol donde estaba la colmena, y justo al caer se desprendió un pedazo de tronco seco yendo a dar mero en la frente de Domingo, le partió la cabeza y lo mató, así, al instante, sin nada que se pudiera hacer por él. Por eso era tremenda la vida en esos tiempos.

JULIA Y LA TORMENTA

• Aquí vive doña Pilita?

¿ Eso lo escuchábamos seguido. Pasaban a pedir posada porque iban al pueblo y mi mamá decía siempre que había que darles abrigo. Les indicaba sin preguntar más nada:

–Pues váyase usted y acomódese allá.

Y venían dos o tres y aquí se hospedaban. Aquí les daba mi mamá todo. Mi mamá fue una señora muy generosa, porque no podía ver a alguien necesitado sin decir «¡Dios santo!», como creyéndole causante o permisora de todo.

Ella no podía soportar ver a alguien en desgracia o en alguna situación penosa sin ayudar. Era muy brava mi mamá pero ayudaba a cualquiera, no dejaba que alguien se fuera sin darle alimento o algo, o que se quedara y se hospedara en nuestra pequeña choza.

Todo eso lo empecé yo a ver, todo lo notaba y pensaba en aprenderlo. Así vivíamos, éramos pobres, pero comida nunca nos faltó.

Junto a la casa había un troncón de jobo, ahí me paraba yo arriba del tronco a hacerla de centinela y cuando menos cualquier cosa escuchaba, o cualquier visión veía, esperando a que alguno saliera por ahí, que si pedía lo pudiera llevar con mi madre para apoyarlo, ella así lo haría.

Hubo un señor que vino aquí, que iba a depositar una hija porque se había peleado con alguien. Estaba grande la

muchacha, Julia se llamaba. Me acuerdo de ella. Nosotros estábamos muchachitos, chiquitos todavía y lo reprendió mi mamá:

—¿Qué se le pone, don Federico, con ir a depositar a su hija con quién sabe qué hombre o con qué gente? Déjese usted de esas cosas.

—¿Y qué hago pues, doña Pilarcita?

—Déjemela aquí si no la quiere. Usted regrésese a su casa, aquí veré en qué me ayuda, aquí me ayudará en algo, yo la mantengo, puede ayudar a los chamacos o en alguna cosa.

Sin más dejó a su hija con mi madre y se volvió a su casa. Pasaron los meses de que la muchacha estuviera ya con nosotros. Una noche se nos cayó la casa por desgracia, en un norte de aquellos, una tormenta tremenda, en medio de los crujidos salimos corriendo huyendo de los palos y los guanos que sostenían la casa, pero Julia se quedó adentro porque le cayó todo lo de arriba, todo el techo se vino abajo, por la fuerza del aire y la lluvia se quebraron todos los horcones haciendo que se cayera el guano dejando a la pobre Julia encerrada y nosotros nos quedamos afuera en medio de la tormenta. Fue suerte que no nos mató el norte ni la casa en esas horas de la madrugada. La pobre muchacha rompió el guano que le había caído encima, por gracia de Dios no la mataron los horcones o los palos, ella encontró una parte del techo en pie y nos llamó para que nos metiéramos a un tapanco que había arrastrado, y ahí dormimos con ella esperando que pasara el agua, ahí estuvimos durmiendo con ella Ernesto y yo, que éramos los más chicos.

Aquí estuvo viviendo Julia como dos meses más después de la gran tormenta. Nos ayudó a parar nuestra casa

de nuevo, luego vino don ése y se la llevó, ya que se le había pasado el enojo. Puras tonterías.

Pero a Julia siempre la recuerdo, creo que llegó con nosotros para salvarnos de la tormenta.

LAZOS FAMILIARES

Yo ya no pude conocer a mi papá. Todo lo que sé de él me lo contó mi mamá. Un día le pregunté que cómo se había hecho ella de mi papá. Y me reveló:

–Es que tu papá se vino de trabajar de Cunduacán y me encontró por ahí. Como nosotros éramos huérfanos, tu tía Delia, tu tío Pedro, todos mis hermanos éramos hijos de Cipriano y Manuela, pero esos murieron cuando éramos chiquitos y por donde sea nos criamos.

A mi mamá la criaron acá los López, ahí creció y yo creo que mi tía Delia también. Ahora mi tío Pedro, como fue hombre, se echó a andar, mi tío José igual se echó a andar y se fueron de pueblo en pueblo.

Ahora, de parte de mi papá, eran Chon, Encarnación, Abraham y José, ese fue soldado por mucho tiempo, tenía toda esta parte de la mandíbula tiesa, decía que se la habían volado y se la pusieron de nuevo de puro metal, como tenía un dineral era posible pagar para que le repararan la cara. Quién sabe dónde murió mi tío, no sé dónde moriría.

Y pues así, mi tío Chon de repente vino y ya nos dimos a conocer con él, vive en La Libertad, para allá más *pa'* delante. Su señora era Carmela Torres, tenía sus hijas, tenía un catorzal y nos queríamos cantidad con esa familia.

Mi tío Chon cuando llegaba no le besábamos la mano

pero cruzábamos los brazos para darle buenos días, buenas tardes y a la señora doña Carmela la recibíamos con cariño.

Muy consejero mi tío Chon, pero un día peleando con la mujer anocheció y no aclaró, ya no supe qué pasó, dicen que se fue a Chiapas, acabó por allá y dejó otra rampa de hijos. Esa fue la vida de mi tío Chon.

Ahora mi tío Abraham no, ese se acomodó por ahí. El que alcanzó el evangelio fue mi primo, a la comenzada era muy borracho pero se compuso y recibió el Evangelio. Hay mucha Naranjada allá, por eso es que le llaman el Mango de Segovia.

Por allí hay mucha Naranjada, ahí en la Arena hay mucho Naranja, acá sobre Tulipán hay mucho Naranja. Hay mucha gente que tenía billete, Naranjos, primos hermanos de mi tío Chon.

Don Bernabé era señor, por allá hay dos o tres templos grandes que fueron hechuras de don Bernabé, porque el viejo era pentecostés, pero tío Berna acabó solo porque su esposa nunca tuvo hijos.

De parte de mi mamá todos los López. Todos los que se llaman López, ese finado Tino Pimienta me decía pariente. Todos esos López, la mujer del finado Rivera, esta Natita, esos eran puras familias de los López.

ENTRE RAÍCES Y CUEVAS

Puede conocer las grandes tropas que venían y se enfrentaban entre estos montes y estas trillas. Como cuando vino una tropa que traía como ochocientos soldados rebeldes, los venían persiguiendo los soldados federales que traían equipos buenos a caballo, bien alimentados, limpios, con armamento y parque, pero los rebeldes no traían nada los pobres, andaban muertos de hambre, caminando sólo por el temor de la muerte si los alcanzaban los federales.

En una de esas en que pasaban por mi casa, se llevaron un sombrero viejo que tenía, obsequio de mi hermano Cipriano o Ernesto, no me acuerdo bien, en fin, que se lo llevaron y salí corriendo detrás del que lo llevaba para quitárselo porque me encantaba rete harto, no me importó ser un escuincle en aquel momento, sólo pensé en que se robaban mi sombrero.

Los soldados revolucionarios andaban muy mal en esas tropas. Dios mío, yo me acuerdo que algunos nomás con el cuello de la camisa y un pedazo de tela andaban, nomás pedazos de ropas, algunos con los pantalones nomás hasta la rodilla y amarrados a medio cuerpo *pa'* que les diera o no se les cayera, daban lástima de verdad.

Daban lástima y mi mamá no hallaba qué hacer, no hallaba qué darles, porque mi mamá eso tenía, me acuerdo a pesar de que estaba chamaco, recuerdo aquello, era difícil

creer el modo en que pasaba ese mundo de gente con tanta carestía. Cuando ya estaba yo grande no me daba miedo pero seguía sintiendo pena por esos hombres.

Aquí pasaban las tropas, entraban hacia las montañas, desde lejos venían y entraban allí rumbo a los Fuentes, ahí agarraban al Candelero y allá se iban por toda esa ribera.

Eso de Pico de Oro es nuevo, pero todo eso lo franqueaban las tropas, se iban por todas las montañas, estaban las trillas en los cerros por donde quiera, ahí había unas enormes lomas que tenían unos palones grandísimos, ahí entre las raíces, cuevas, ríos y lagunas, ahí iban los soldados.

Fueron muchos días en que oímos combates aquí y se oían los sonidos de las balas, ¡pas, pas, pas!, a lo lejos, entre los montes y cañales.

Todo aquí era bosque: para allá, para acá, para allá solamente hasta donde estaba la comunidad de la Arena es que había gente, todo era montañerío, mi casa estaba entre las lomas, justo al pie de una, esa era una casita que cuando menos veías, de vez en cuando que pasaba una persona a caballo.

EL «DON» DE LA MULA NEGRA

En una ocasión llegó un muchacho herido y se quedó en mi casa a que mi mamá lo curara. Siempre nos contaba historias para entretenernos, pero decía que sus historias eran verdaderas, que no eran inventos suyos, que todo lo que contaba era resultado de lo que había visto y lo que había vivido.

En una de esas tantas tardes de historias, nos contó que una vez fue un hombre a ver a un viejo que tenía una casa allá por el pueblo de Santa Rosalía, que llegó y le avisó a aquel viejo:

–Vine a buscar el dinero *pa'* pagarle a la gente de la montería.

–Ah, cómo no, ya va a venir, dentro de un rato me traen el dinero entrando la noche. Pero aquí te vas a quedar, no te vas a ir, hoy ya no te dará tiempo de subir la montaña –contestó el viejo.

El viejo tenía una choza muy atrás de la casona principal, en esa choza no tenía más que una camita pequeña de palo donde cabía él solo, una hamaca donde descansar y pasar los calores y también una mesa y una silla improvisadas hechas de palos y tablas rústicas.

–Aquí te vas a quedar, en esa hamaca, pero si quieres la cama –planteó el viejo.

–No, aquí en la hamaca está bien –contestó el joven.

El muchacho se quedó y se acomodó decidido a disfrutar el no tener por la mañana una ardua labor, ya que se llevaría toda el día subiendo a caballo los senderos de las montañas, de lo que estaba muy contento porque había pensado verse en la penosa necesidad de viajar esa noche de regreso.

Se acomodó y se durmió plácidamente enrollado en la hamaca, ignorando los mosquitos y el ruido de las chicharras del exterior. Pero llegando la media noche el joven se despertó cuando empezó a oír que venía uno, que alguien se acercaba a la choza a esas horas. Tin, tin, tin, sonaban las espuelas, pero lejos aún. A la distancia se escuchaba que el acicate de la espuela hacía brao, brao.

El joven no se levantó de la hamaca ni hizo ademán de haberse despertado pero abrió los ojos y observó a través de los hilos. El que llegaba venía en una mula, no en un caballo, cosa poco común por los rumbos, traía un sombrero enorme que con su sombra parecía cubrir casi todo el cuerpo de oscuridad.

Aquel «don» sin nombre que venía montado sobre la mula no se le distinguía el rostro, la mula era descomunal, no se podía calcular el tamaño porque el hombre que la montaba parecía ser también de enorme corpulencia, pero sí se distinguía a la distancia que era una mula negra.

El viejo, que al parecer lo esperaba, abrió el portoncito de palo que tenía a la entrada y le dio paso a aquel hombre misterioso todo vestido de negro.

–Adelante –indicó el anciano–, esta es su casa, entre usted que aquí es bienvenido, mi señor.

El hombre entró al patio aún montado sobre su bestia. La mula era grande y el hombre que la jalaba también tenía

una estatura notable, ya de cerca efectivamente tenía una corpulencia sorprendente. Se bajó el «don» de su mula y le mandó al viejo, con un hilo de voz oscura y tenebrosa:

–Jala de una vez la mesa, no perdamos más tiempo, tengo más negocios que atender.

El viejo acercó una mesita que tenía por ahí, el hombre tiró una bolsa de cuero sobre ella y se desparramaron puras monedas brillantes de 0.720, purita plata. Empezaron a contar, contó y volvió a contar el anciano la plata que el hombre misterioso había traído para él. Aquel hombre le indicó al viejo al ver que había confirmado la cantidad:

–La vamos a firmar esta vez con tu brazo.

Toscamente le peló el brazo y cortó la piel arrugada y traslúcida al anciano. Con una pluma tomó la sangre que brotaba y le dijo que firmara donde decía cuál era el trato.

–Léelo y confirma cuál es el trato –dijo el hombre oscuro al viejo.

El viejo leyó en voz alta:

–Dicta que mis años terminan cuando usted diga, que ya no me pertenezco más, que ya usted me ha pagado.

Todo aquello era un pacto que hacían y se juramentaba con sangre. El pacto estipulaba que aquel viejo le pertenecía a ese «don» oscuro y sin rostro.

Empezó el gallo a querer cantar a las primeras horas de la madrugada. Ya se acercaba la hora en que empezaría a aclarar para la mañana. El hombre aquel ni se despidió, no más se dio media vuelta, se subió a su mula, salió y desapareció en la oscuridad azulada de la madrugada.

El pobre muchacho, que estaba en la hamaca, había presenciado todo, despierto con el ojo pelado pero quieto

como un muerto, estaba hecho un nudo envuelto entre los hilos de la hamaca. La mañana llegaba y el joven nada que se movía, y eso que ya casi era de día.

Nada le hicieron porque todo era entre el viejo y el que traía la paga. El joven en la hamaca no contaba, pero nomás llegó la mañana se levantó y se paró junto a su caballo sin decir palabra. El viejo le dio el dinero y el muchacho se regresó a las monterías a pagar a los hombres.

Desde entonces, cada fecha de pago, aquel «don» regresaba por las noches montado en su mula negra, trayendo la plata y llevándose a cambio las firmas de confirmación con puritita sangre.

Nos quedamos boquiabiertos cuando terminó la historia.

El soldado se fue apenas sanó. Pasó otro grupo de hombres por las trillas cercanas a las casas y el muchacho no dudó en irse, pero se despidió de nosotros y nos pidió que no nos olvidáramos de sus historias, porque él no se olvidaría de nosotros.

Con los años, mi madre me dijo que el anciano al que visitaba ese «don» corpulento con su mula cada fecha en las noches, era un señor llamado don Polo Valenzuela, un hombre muy pudiente de esos tiempos, un hacendado tabasqueño.

Dicen que medio Tabasco era de él, que su frase favorita era:

—No soy de Tabasco, Tabasco es mío.

Quien había presenciado todo desde la hamaca era mi tío Abraham y que por lo tanto esa historia era tan real como que ella la había escuchado de viva voz de mi tío.

El señor Valenzuela, don Polo, murió en un hospital de

la capital del país. Ningún doctor supo nunca por qué se le estaba secando el cuerpo, ningún estudio explicaba por qué parecía que se le salía la vida con cada respiro.

El anciano afirmó antes de morir:

–Negocios son negocios. Es el «don» que viene por su acuerdo, ¡maldito dinero, al final no me sirvió *pa' nada!*

Todas sus riquezas se deshicieron en las manos de sus hijos. Nadie entendió por qué sus negocios tan prósperos dejaron de producir, su ganado empezó a morir y las monedas de plata simplemente desaparecieron.

ME VOY A TRABAJAR

Yo me voy a trabajar, mamá.

—¿Y a dónde vas?

—Voy a Huimanguillo.

—Tú estás soñando.

—No, yo me voy, me voy a trabajar, a ganar dinero de verdad.

Y mi madre me dejó ir, me alistó, me dio una ropa y que me voy yendo. Me fui con un tal Reinaldo Fuentes.

Allá andábamos en Huimanguillo, sin dinero y sin siquiera saber a dónde ir o con quién hablar. También andaba un señor grandote de buenas vestimentas, era calvo, alto y más o menos gordo. Tuvimos la oportunidad de saludarlo. Nos preguntó:

—¿Qué... qué... qué... qué buscan aquí? —tartamudeaba al hablar y escupía cada que esto le sucedía.

—Pues éste dice ¿que si podemos trabajar con usted?

—¡Ah, cómo no! ¿Y ya comieron?

—No, no hemos comido —contestamos nosotros al unísono.

Y que nos traen unos grandes pedazos de carne, porque estaban celebrando que habían destituido a un político, según opositor de la Revolución.

Ya para esto yo me sentía con más años. Ese hombre nos dio trabajo y nos trajo de comer, nos preguntó si llevába-

mos para el pasaje porque había que pasar el río *pal'* otro lado y sólo se cruzaba pagando a un tal don Sigerio, que era el pasador.

En fin, que nos dijo que llegáramos a su casa y le dijéramos a su señora:

–Aquí venimos a trabajar con don Gregorio Morales, y que ella nos iba a acomodar.

Nos fuimos y llegamos todavía como a las cuatro de la tarde y pasamos a ver a la señora, una señora grandísima que hasta bigote tenía, pero era muy amable. Tenía dos muchachas solteras, yo sólo me acuerdo de Leila.

El viejo ese era matador de matadores, era malísimo, pero nosotros no lo sabíamos. En fin, que llegamos allá y nos dijo la señora:

–¿Ustedes son los que van a trabajar con Goyo? *Ta'* bueno, ahí acomódense en la trojita de atrás y cuando sea la hora del almuerzo se presentan aquí. Cuando sea la hora de la cena y el desayuno no, porque ustedes tienen que trabajar.

Y ahí estábamos como a las cinco de la tarde cuando oímos un escándalo, una tronadera, una bulla. Era una caballería como nunca se había visto, con rifles y carrilleras cruzadas sobre el pecho, aquí en la cintura, colgadas arriba de los caballos. Ahí venía don Goyo con esa tropa y llegando al terreno se pasó a la casa y lo primero que preguntó fue:

–¿Hay alguien aquí?

–Sí, ya están acomodados –le contestó la señora.

–Ah, bueno, a esos hay que ponerlos a trabajar.

Nomás eso dijo, saludó a la mujer, un ratito estuvo y se fue con el gentil. Tronaban los lodaceros de tantos que eran los caballos, por toda la trilla, porque eran trillas y

lodaceros los caminos de entonces. Esa era una caballería comandada por un tal general Esteban.

A nosotros nos encomendaron al campo, pero los más violentos eran matones con él, mataban por quien les pagaran. Nosotros seguimos viendo y con los meses ya no me gustó. Encontrábamos sangre en las caballerizas, ropa tirada en los cañales y mejor me dejé de eso y me fui sin más.

DOS PESOS DE SUELDO

Cuando salí a trabajar enfilé con don Eugenio Villanueva, con don Eugenio Granier que era de otra compañía y con Fernando Sumuano, y recuerdo a aquel bodeguero que se apellidaba Torruco, no me acuerdo de su nombre, pero el Torruco me traía, como dicen, en la palma de la mano.

Corriendo el tiempo me fui a trabajar con don Eugenio Villanueva, que se tiraba una risotada que parecía que todo le causaba gracia, pero tenía un vocabulario que era grosero hasta más no poder.

–Pues hoy nos vamos a Chicozapote –dijo Villanueva un día–. Allá vamos a trabajar desde ahora. Hoy vamos a trabajar domingo porque estamos aquí, pero allá ya no, allá vamos a descansar los domingos.

Nosotros dudamos un poco.

–¿Seguro, don Eugenio?

–Sí, seguro. Palabra, palabra.

Nos fuimos como cincuenta hombres, acampamos en Zapote frente a Magallanes, ahí estaba la caoba más grande que se podía encontrar en esas montañas, caoba buena, pero había chaquiste que era peor que una penitencia, no podías abrir la boca porque los animalitos se te metían hasta el estómago.

Llegamos allá un lunes y empezamos a darle y darle,

todos trabajamos con el mismo ánimo de siempre, pero él no dijo nada de nada. Llegando el sábado le comenté a la gente:

–¿Se acuerdan lo que dijo don Eugenio?

–Sí.

–¿Qué dijo?

–Que mañana vamos a descansar.

–Mañana tenemos que descansar, tenemos que lavar o tenemos que buscar quien nos lave esta ropa. Yo veré, pero necesito que me ayuden ustedes –advertí, y como catorce de ellos me apoyaron.

En la tarde que regresamos del trabajo, estaba Villanueva dentro de la hamaca y ahí tenía el rifle a su costado, abajo la pistola en la cinta y el marrazo metido a un lado.

–Pasen a buscar su pozol –fue lo único que dijo Villanueva al vernos.

Porque nos daban el pozol el día antes, para que ya tuviéramos todo, *pa'que* en la madrugada marchara uno al trabajo. Ninguno le contestó y él insistió:

–¡Pasen a buscar su pozol! –y luego con gritos mucho más fuertes.

–Entonces ¿qué pasa? –dijo molesto don Villanueva al ver que nadie seguía la indicación que daba.

–Yo no voy a llevar pozol, don Eugenio, no voy a llevarme el pozol –le contesté al viejo, de frente.

–¿Por qué cosa? –expuso el viejo con la molestia pintada en la mirada.

–Porque no voy a trabajar.

–Pues si no trabaja se me larga.

–Pues me estoy largando, yo a la casa no le debo, yo aquí vengo libre y yo tengo una chocita allá donde vivo y

allá puedo irme.

Y me apoyaron los otros:

–Ni yo.

–Ni yo.

–Ni yo....

¡Se puso ese hombre que era una fiera! Entonces le ordenó al otro, al que era el bodeguero, que era un tal Lionzo:

–Anda y tráelo acá, conmigo.

Lionzo se llevaba muy bien conmigo y me señala:

–Dice el jefe que vayas para allá.

–Sí, ya voy.

–¿Por qué me llevas la gente? –preguntó–, ¿por qué me la alborotas?

–Yo no me estoy llevando a nadie. Yo soy Naranjo, ésos no sé qué apellidos tienen. Yo no me estoy llevando a nadie, yo me voy porque soy ciudadano libre y soy absoluto. Yo nunca llego diciendo «don Eugenio, deme veinte, treinta pesos y ahí me lo va quitando».

–No te largues –me dijo– no me chingues.

–Yo no estoy chingando a nadie.

En fin, que me di la vuelta y él estaba que le temblaban las manos y la boca, y volvió otra vez que yo fuera, que no me llevara yo a la gente, y le repliqué:

–Mire usted, señor, le vuelvo a repetir que yo no me estoy llevando a nadie.

En fin, que se convenció. Ya en la mera tarde más sereno nos habló:

–Si se van a largar, pasen a cenar y agarren sus pozoles, dinero no hay *pa'* nadie.

Y ya decididos a irnos empezamos a vender que si la

taza, que si el plato, que si el garrafón, todo lo que cargamos lo empezamos a vender, porque pues estábamos atrás de Magallanes y había que pasar ríos y ríos, había que pagar pase o comida y nos encaminamos de regreso a nuestras casas.

Luego me cambié a trabajar con don Eugenio Granier, era una gran cosa, su señora era doña Dalia, no era de aquí, era de México y hablaba mero extraño, casi extranjero.

–¡Ay, don Monchito! –me decía cada que me veía.

Pero yo mucho la respetaba a doña Dalia y a don Eugenio Granier. Con todos era grosero porque la pistola en el cinto no le fallaba y si cualquiera se quería pasar de listo, le tiraba un pistolazo, pero a mí nunca, en todo el tiempo que estuve trabajando con él.

En una ocasión me encargó:

–Mira, Naranjo, escoge uno de los que tú conoces y se van a montar.

Monteábamos madera en El Capricho, ahí por San Felipe, pero eran desiertos de montaña. Se llamaba así porque había pleito entre las compañías madereras.

–*Pos'ta'* bien don Eugenio –fue todo lo que contesté y encaminé con mis hombres a cortar madera.

Allá andábamos en los grandes despoblados de la montaña con los hombres cuando me avisaron:

–Allá viene el viejo ese, don Eugenio Villanueva, entre el monte.

–Vamos a encontrarnos con él pero estense tranquilos –le dije a los hombres.

Grosero, como era su costumbre, lo primero que comentó fue:

–Y este hombre ¿qué caramba anda registrando aquí

en esta montaña? Tú te largas con todos esos que andan contigo.

—Mire usted, señor Villanueva, yo soy trabajador, dígaselo usted al jefe allá, dígaselo usted a don Fernando Sumano que es el mero bueno, yo no soy nada, yo soy un trabajador, yo estoy ganando.

—Pues no, ¡tú te me largas de aquí!

—Pues me tengo que largar, pero a mí me mandaron a que monte aquí.

Llegué y le informé a don Eugenio Granier y ahí estábamos litigando y en la litigada se acercó a mí Villanueva y me pegó un palmazo.

—Cómo eres bravo, cómo eres caprichudo —apuntó.

—No, don Villanueva, yo no soy bravo, yo soy doméstico, pura gente doméstica, usted es el que me quiere tragar. ¿Se acuerda usted lo que dijo allá cuando estaba yo baldado, que cómo no me había matado el palo, se acuerda usted que lo dijo?

—Olvídate de eso, déjate de esa loquera, cálmate de toda cosa y sigue conmigo, yo quiero que te vayas conmigo otra vez.

—No, usted me trató mal, groseramente, yo ya con usted no quiero nada.

—¿Entonces me odias? —me preguntó.

—No, yo no lo odio a usted, pero yo con usted no vuelvo.

En fin, que me abrazó, me palmeó, y me insistió:

—Lo que quieras con Villanueva ahí lo tienes.

—Bueno, vamos a hacer esta cosa, si usted me acepta lo que yo lleve, voy, y si no, solo no voy —le reiteré.

—Cincuenta que me lleses yo te los recibo.

–Bueno pues.

Después que venimos de allá de trabajar con los hombres, ya me fui con él y me llevé como seis o siete y nos fuimos así a pie.

Allá íbamos en el Naranjeño y había un señor así y estaba friendo chicharrón y les digo:

–Vamos a pasar. Ese señor es amiguísimo conmigo.

–Pase usted, nosotros nos quedamos aquí –dijeron los hombres.

El señor tenía tres muchachas, pero las muchachas una vez que me vieron, salieron corriendo a esconderse y tronaban los zacatales donde iban huyendo, porque no pasaba mucha gente por ahí, o no pasaban muchos muchachos en realidad. Llegué y el señor muy alegre:

–¡Ah, si es don Naranjo, caramba!, ¡cómo me da gusto verlo, don Naranjo!

–¿Sabe usted a qué pasé? –le dije al señor–, dispense usted la molestia, pero vine a que me venda un medio kilo de chicharrón.

–¡Cómo no!, lo que quieras.

Y que me envuelve una pushcaguona grandota de chicharrón y unas tortillas.

–Señor, ¿y cuánto va a ser?

–No, nada.

–Pero es que voy con gente.

–No, aunque vaya usted con gente, yo se lo regalo.

Hicimos una comida tremenda y nos fuimos por ahí. Pasamos Naranjeño, pasamos otros lugares donde las gentes son malísimas. Llegamos a Tres Brazos, saltamos y caminamos por un arroyo que se llama Silvaranes que llegaba hasta El Zapote.

Y ahí nos fuimos buscando a don Eugenio, allí nos fuimos. Había rastro de tigre, ¡Dios mío!, por toda la orilla del río, pero veías las mojaras enormes que nomás saltaban entre el agua, y tenhuayacas. Por toda la ribera caminamos y llegamos al Tumbo.

El Tumbo era donde se almacenaba la madera que se cortaba por esos rumbos, la ribera de ese río estaba llenita de madera.

Llegamos al Tumbo caminando sobre el montón de rastros de tigre, ya la noche que casi llegaba y nosotros ahí por pura montaña para poder llegar hasta El Bronce y al campamento. Llegamos a El Bronce ya que alumbraba la luciérnaga.

Llegando y con las maletas encima me fui directamente a hablar con Villanueva. Los otros me señalaron:

—Váyase usted a ver qué dice don ese, que a nosotros no nos conoce.

Y me fui a hablar con ese hombre, a ver con qué salía ahora don Villanueva. Lo saludé y esperé el tono de su respuesta:

—¡Aquí vine, don Eugenio!

—*Ta'* buenísimo. Anda busca dónde acomodarte —indicó.

—No —le contesté—, yo quiero la lista.

—¡Ah! Entonces tráeme la gente y les paso lista.

Nos fuimos a comer y luego nos acomodamos para dormir y al día siguiente ir a trabajar.

Ese fue El Bronce, la última carrera que tuve con don ese, del último pleito volví con él, dejé de estar trabajando con don Eugenio Villanueva y con don Eugenio Granier.

Don Eugenio Granier fue una gran cosa conmigo, yo lo

rasuraba, él tenía pelo en la barbilla como nunca le he visto a nadie más, yo lo rasuraba, yo traía mi navaja. Todo estuvo bien con don Eugenio, llegué a ser cabo en las monterías con él, llegué a ser administrador de una bodega que tenía cantidades de cosas, y de ahí me cambié con los otros que fue cuando ya me despedí.

En los verdaderos últimos tiempos ya no volví con Villanueva, ya me quedé con los Granier, ya en ese viaje que fuimos volví al trabajo en las monterías, que fue cuando hice la decisión ya para casarme, ya de ahí *pa'* delante me fui a trabajar con la experiencia de tener dinero, de tardar en el trabajo, y por casarme tardé trabajando, corrido de junio hasta septiembre y fue mi última carrera.

Ya vine y me casé, me acomodé y ahí estaba mi casita en un descampadito entre el montón de árboles, solita como en un kilómetro a la redonda, ahí viví, tenía mi casita en la esquina de lo que hoy es mi parcela y los cañales.

Pero tuve dificultades con mi hermano que se trajo a una muchacha y se me fue a meter a la casa, seguramente que ya vivíamos descontentos, ya la señora no estaba contenta.

Y me hice otra casita, nos cambiamos y viajaba todo el tiempo al trabajo en los pueblos, viajaba yo de San Felipe a Santa Ana, salía a las cinco de la mañana, ya con pendiente, ya tenía yo una niña, córrele, corre y corre, llegaba a una pasada donde traficaban los tractores, hasta la cintura me daba el lodo y en los buenos tiempos más arriba de las rodillas, ahí venía yo nomás y era como un kilómetro o así me parecía y llegaba a la trilla.

Recuerdo que llegué a la Encrucijada, me quité la ropa, me tiré al agua, pasé y nomás me sequé un poquito, me

puse la ropa más seca y aquí llegué, vine como a las nueve de la noche, silencito todo, sin luz y sin nada y di unos pasos por ahí, tenía yo dos perros que al no reconocirme uno me brincó por aquí y el otro por acá, pero donde les silbé, dicen a correr y les volví a silbar y se me tiraban encima de alegría. Hablé y dije:

—¿Aquí estás?

Y la voz de mi esposa se escuchó desde interior de la casa:

—¿Dónde más voy a estar pues?

Ella me abrió la puerta y me metí a mi pequeña casa. Esos viajes los hacía yo cada veinte días o cada mes. Pero así estuvimos viviendo hasta que Dios quiso que pudiéramos trabajar nuestras tierras, hasta que llegamos a tener para trabajar. Dejé de andar por fuera, esa fue mi vida que tuve yo, desde que empecé a ganar catorce centavos.

¿Cuánto crees que ganaba yo en esos viajes? Dos pesos, ese era mi sueldo y fui administrador de la bodega y dos pesos era el sueldo, no había quien pagara más. Entonces ¿qué más me quedaba, qué otra cosa me quedaba? Nada más ya ¿verdad?

LAS CRUCITAS

El evangelio lo recibí por gracia de Dios, bien lo dice Pablo. Y lo recibí con mucha situación, yo estuve en el espiritismo, anduve tras de esas cruces, tiempos, luego del espiritismo ya me hice de familia y me convertí.

Dios tuvo misericordia de mí a los dos años de estar casado, pero yo anduve vagando hasta la Azucena con el asunto de las cruces.

Eso de las cruces era asunto de una chamaquilla a la que nosotros le hacíamos maldad, que se llamaba Chepa, Josefa León, andábamos con ella porque nos gustaba la situación y el alboroto.

Agarraba y se paraba frente a la cruz, sostenía una hoja y le preguntaba a la hojita:

–¿Quieres tal cosa?

Y decía ella misma, a que según era la hoja:

–Sí, sí.

Y decía la gente:

–Es cierto lo que dice la crucita.

Estuvimos con eso en el Naranjeño, en el Alemán, San Felipe, la Azucena, El Santuario y aquí en Santa Ana, con ese asunto de las cruces.

Pero aquí no vino la Chepa nunca, el afán de ese movimiento era hacer creer a la gente, porque ahí no se ganaba nada, ella pedía que don Fulano diera un toro para maña-

na, se hacía una fiesta en una casa para adorar a san Miguel y ahí nos daban tanto a usted como a mí, van a traer tanto de estoraque, tanto de vela de esa cirio, el estoraque para sahumar a la gente y las velas para anunciar a las almas de las cruces.

Ya luego se acabó eso y nos metimos al espiritismo, otra cosa más tremenda, yo no tardé mucho en el espiritismo, nos fuimos a Comalcalco a un centro espiritista con los Falconis, que tenían fábrica de gaseosas, no había refresco de otro sino gaseosa Los Falconis, ahí con ellos hicimos un centro.

En la primera sesión a uno lo tomó el espíritu, a un hombre peludo y barbón, que a mí me sorprendió cuando lo vi. Yo decía en mi corazón «esta cosa está mal». Luego salimos, se acabó la sesión, ya nos montamos en los caballos y nos venimos, yo ya no volví a ese sitio.

Me vinieron a ver una vez, me vinieron a ver dos veces, me vinieron a ver tres y no volvieron.

Me encontré una Biblia por ahí chiquita y encontré el pasaje de Pablo a Timoteo que le dice de los postreros tiempos, algunos renegarán de la fe, creyendo en espíritus de errores y en doctrinas de demonios. Yo dije, «con este tengo ya».

No había más que decir, con ese tuve ya.

Ya luego andando el tiempo, gracias a Dios, a los dos años me convertí y se acabó toda esa cosa. Yo nunca sentí espíritus en mi vida que me hayan sugestionado.

Allá, del otro lado del río, esa familia Zapata vive el espiritismo disfrazado de catolicismo, en esa familia son meros buenos para eso.

CONVERSIÓN SEGÚN SAN PABLO

El Salvador nació de un baile, dicen. De un baile nació la primera iglesia reformada de estos rumbos. Llegó un señor y había un baile acá los Dioses, entonces él pidió posada para dormir. Le advirtieron:

—Señor, pero aquí vamos a hacer baile.

—No le hace, si me dan posada aquí me quedo.

Y ahí se quedó, pero en la mañanita cuando acabó el baile empezó a hablarles de la palabra de Dios y empezaron las gentes a conocer el evangelio, empezaron a formar la iglesia.

Me acuerdo que empecé a llegar a la iglesia, allí donde está la fermentadora del cacao, ahí por la entrada de la quinta. Me acuerdo que un día fui a buscar en una fiesta un poco de distracción, con ganas de ver, de tomar. Mis compañeros de juega estaban puestos, de este lado estaba mi compadre Esteban y de este lado mi primo Eladio, uno me hurgaba por aquí para que viera a las muchachas y el otro me hurgaba por acá para que tomara aguardiente, y quería yo ver bien y portarme adecuadamente y no me dejaban. Pero ve cómo acabaron, cómo está el pobre Lilo, pero así estuvimos viviendo.

DON PANCHO LÓPEZ, EL ÚLTIMO REVOLUCIONARIO

El último grupo militar que vi que pasó por la Pelona fue estando yo como de veintidós años, es decir, en los años cuarenta.

En esos años pasaban las últimas tropas que yo divisé, grandes tropas en esas pequeñas pasadas. Había persecuciones, había guerra, por ejemplo se decía que ya a Puig lo habían matado y a Gutiérrez y luego que a los Greene los habían quitado y a ese otro Segovia, que era otro tipo de guerra la que estaba iniciando, siguiendo no sé qué santos, quemando no sé qué iglesias.

Ya luego el único revolucionario que pasaba por esos caminos era don Pancho López. Ya cuando habían pasado años, ya cuando iban a ser las fechas de conmemoración de la Revolución, lo veías que pasaba vestido de revolucionario, y sólo le quedaban las historias de las tantas balas que esquivó y de las tantas gentes a las que conoció.

Por acá los Fuentes tenían su finca y nosotros teníamos este lugar, aquí era San Rafael, ese era el nombre de lo que hoy es la tercera sección de Santa Ana, así se llamaba antes aquí, donde también los Albert tuvieron su finca.

EL VIEJO GENERAL CUEVAS

Solamente quedaban historias sobre Cuevas, que era al que perseguían, al que tanto buscaban y al que entre tantas montañas nunca encontraron.

Cuando menos salía el general Cuevas como a las dos de la tarde, salía de allá del corazón de las montañas, pero eso no era como es hoy en estos caminos, antes ahí eran grandes jimbales y Cuevas salía al pueblo con dos o tres hombres nada más, así, como el que está en sus tierras y lleva años viviendo en ellas.

Cerca de mi casa, siempre serio, siempre junto a sus hombres, pasaba el general Cuevas, pero religiosamente antes de salir al pueblo o a reunirse con tropas rebeldes que acampaban en algún sitio cercano, o en otro municipio del estado, se acercaba y preguntaba:

–¿Tienen algo aquí?

Eso nos decía a nosotros y nosotros todavía chamacos con los pantaloncitos a mitad de la rodilla, lo mirábamos embelesados, por la figura y presencia que a nuestros ojos tenía.

–Yo creo que sí, general –contestaba rapidito, para ir a ver qué tenía mi mamá.

Y pues ya mi mamá le daba algo de comer, nunca fue grosero o mal agradecido, se comía lo que mi mamá le diera.

Él nos traía ropa para ponernos, era el modo en que

contribuía a cambio de la comida que mi madre siempre le daba, aunque fuesen frijoles y tortillas nunca las despreciaba.

Y así perseguidos por cientos de federales venía el general Lazo con sus tropas entre las montañas y el que pasaba bien y el que no pues ahí se quedaba, porque las montañas siempre fueron bastante traicioneras.

Ya después el general Cuevas se entregó, se fue a México, el presidente en esos tiempos supo de Cuevas. ¡El presidente de la República supo que había un hombre que se hacía llamar Cuevas, que era tremendo, osado y escurridizo!

Y el presidente quiso conocerlo y lo llamó a México y Cuevas se fue, se fue solo, acabó con la gente que tenía, se despidió de sus hombres y prefirió no llevarlos con él, porque su propio futuro era incierto, en sus tropas tenía dos o tres hombres de confianza, buenas personas, hombres de lucha, pero ni a ellos quiso llevarlos porque no sabía si lo querían para encerrarlo. Ya también estaba cansado de esconderse en los montes y las montañas.

Él tenía una mujer que le hacía compañía de vez en cuando, allá donde estaban las casitas solitarias en las orillas del río. Y el campamento de sus tropas estaba en Poza Redonda, como a kilómetro y medio de donde tenía su campamento personal en medio de las montañas. Él siempre aconsejaba y recomendaba y con esta señora no era la excepción.

En fin, que Cuevas se fue a México, lo reconoció allá el presidente de la República como importante partícipe de la Revolución en el sur, le dieron oficialmente el grado como general y lo mandaron a Veracruz como jefe petrolero y ahí estuvo en Veracruz, tuvo sus hijos ahí en Veracruz,

Antonio, José Antonio y María, entonces ahí acabó la historia del señor Cuevas.

Claro, está la historia que yo conozco. Dicen que un campesino le disparó a quemar ropa y lo mató, a ese campesino lo mandaron a matar sin más.

Cuevas, él tenía sus tropas que lo aguardaban, pero al fin el general Cuevas se murió, acabó, no se supo nada más de él, por acá sólo quedaron las historias del viejo general Cuevas.

CACAO

Recuerdo que un señor de Río Seco que era muy amigo mío, me propuso:

–Le voy a da un cacao bueno, bueno para que siembre usted, para almacigo.

Hice dos almacigos, chuladas. Eso me empezó a ayudar y empecé a trabajar con la pobre compañera, yo hacía el hoyo, ella metía la mata de cacao y de ahí la componíamos y adelante.

Aquí no es que siembras nomás la mata de cacao, había que sembrar el moté, primeramente, ya que el moté estaba cerrado uno con otro es que había que sembrar la mata de cacao, y eso llevaba dos o tres años, sólo para protección del cacao y así es que veníamos sembrando.

Era difícil toda esa cosa, así la vivimos, así la viví yo, sembré uno, sembré otro pañito y sembré el ultimo pañito, que es el que vendió mi hija hace poco, fue como tres paños que hice así, pero así fue la vida y hasta la fecha aquí Dios me ha dado vida.

¡Ay!, pero ya me duele este cuerpo. Y Dios me ha dado vida.

ÍNDICE

- A mi padre lo mató la nauyaca * 11
- Mi hermano mayor se va a la guerra * 15
- La pizca y la tropa * 19
- Las historias de Chabela y la sed de los hombres * 21
- Con un mango y una tortilla * 27
- El jabón de corozo * 29
- Antes de Santa Ana * 33
- Los ríos * 35
- Hermanos y pantaloncitos * 41
- Caballos y ríos * 43
- Esclavos y brujas * 45
- Hasta el viento se asusta * 47
- La muchacha enferma * 51

Julia y la tormenta *	55
Lazos familiares *	59
Entre raíces y cuevas *	61
El «don» de la mula negra *	63
Me voy a trabajar *	69
Dos pesos de sueldo *	73
Las crucitas *	83
Conversión según san Pablo *	85
Don Pancho López, el último revolucionario *	87
El viejo general Cuevas *	89
Cacao *	93

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





A mi padre lo mató la nauyaca y otras historias del abuelo Maximiliano, de Jenny Mariel Domínguez Naranjo, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Robotó. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.



Colección Literatura
Serie Poesía • José Gorostiza

Bocetos del Golfo,
de Teodosio García Ruiz

El hospiciano,
de Luis Barjau

La deriva es un paso interminable hacia la nada,
de Aarón Rueda

Magma y arena,
de Kary Cerda

Un mar que lleva tu nombre,
de Virginia María Aguirre Cabrera

La ausencia del silencio es una plaza vacía,
Antología del Taller literario «Juan Rulfo»

